

zado ciego, como un reciario (1) enredado en la red de su adversario, y reventaba de corage al imaginar que Isabel no fuese víctima de alguna traicion de Vallombreuse. Despues de inauditos esfuerzos para librarse de aquella cárcel, afortunadamente se le acudió la idea de tirar de la daga y partir la tela, que pesaba sobre él como las capas de plomo que llevan los condenados del Dante.

En dos ó tres golpes abrió su prision, y, como halcon desencapirotado, recorrió la campiña con mirada penetrante y rápida, y vió á los raptos de Isabel que corrian á campo atravesado y parecian esforzarse en ganar un bosquecillo situado no muy léjos de ellos. Por lo que respecta al ciego y al niño, habian desaparecido, ocultándose detrás de alguna zanja ó debajo de algun chaparral. Pero no eran esas piezas de caza menor con quienes queria habérselas Sigognac. Arrojando su capa, que le hubiese incomodado, se lanzó con desesperada furia en persecucion de aquellos tunantes. El Baron era vigoroso, desarrollado, cortado para la carrera, y, en su infancia, habia á menudo luchado con los niños más ágiles de la aldea.

Los raptos, que se habian apercebido de la caza de que eran objeto, veian disminuir la distancia que les separaba del Baron, y uno de ellos le descerrajó un pistoletazo para detenerlo en su carrera. Pero el tiro falló, pues Sigognac, sin por esto dejar de correr, saltaba á derecha y á izquierda á fin de no ofrecer un blanco seguro. El ginete que llevaba á Isabel intentó tomar la delantera, dejando á los de su retaguardia el cuidado de deshacerse de Sigognac, pero la jóven colocada sobre el arzon no le permitia regir con libertad su montura, pues se agitaba y se movia esforzándose en deslizarse al suelo.

(1) Nombre dado á los gladiadores que peleaban con redes en las que enredaban á sus contrarios, matándolos despues con el tridente. (N. del T.)

Haciéndose el terreno cada vez más dificultoso para los caballos, Sigognac iba acercándose por momentos.

Sin menguar el ímpetu de su carrera, habia el jóven desenvainado su espada; pero él iba á pié, era solo contra tres hombres bien montados, y el aire comenzaba á faltarle; mas haciendo un prodigioso esfuerzo, en dos ó tres saltos se unió á los ginetes que protegian la fuga del raptor.

Para no perder tiempo luchando contra ellos, clavó dos ó tres veces la punta de su espada en la grupa de sus monturas, con la idea de que así aguijoneadas se lanzaran desbocadas.

En efecto, los caballos, locos de dolor, se encabritaron, lanzaron algunos relinchos, y tascando el freno, sin hacer caso de los esfuerzos que para contenerlos hacian los ginetes, echaron á correr cual si les llevara el diablo, sin cuidarse de las zanjas ni de los obstáculos, de tal modo que se perdieron de vista en un momento.

Jadeante, con el rostro bañado en sudor, árida la boca, creyendo á cada minuto que el corazon iba á reventársele en mitad del pecho, Sigognac alcanzó por fin el hombre enmascarado que tenia á Isabel atravesada sobre la cruz de su montura.

La jóven gritaba:

—A mí, Sigognac.

—Héme aquí, gritó el Baron con voz estertórea y silbante!

Y con la mano izquierda se cogió de la correa que unia Isabel al bandido, á quien se esforzaba en derribar, corriendo al lado del caballo como los escuderos á quienes los latinos daban el nombre de *lesultores*. Pero el ginete apretó las rodillas, y más fácil hubiera sido dividir el tronco de un centauro que arrancarlo de su silla; al mismo tiempo picó espuelas á su caballo para incitarle á la carrera y deshacerse de esta manera de Sigognac á quien no podia atacar, por tener una mano ocupada en sostener la brida y la otra en sujetar á Isabel. El caballo así estiraceado y embarazado iba perdiendo su celeridad, lo que permitió á Sigognac recobrar

un poco de aliento, y aun le dió ocasion para buscar el medio de herir á su adversario; pero el temor de dañar á Isabel, que no cesaba de hacer desesperados esfuerzos, hizo que asegurase mal el golpe. El ginete, soltando por un instante las riendas, sacó del interior de su jubon un pequeño cuchillo con el que cortó la correa á la que Sigognac se agarraba desesperadamente; luego hundió, hasta hacerle brotar sangre las espuelas en los ijares del pobre corcel, que se disparó con impetuosidad irresistible. La tira de cuero quedó en las manos de Sigognac, que, falto de apoyo y cogiéndole de improviso la estratagema, cayó bruscamente de espaldas. Por ágil que hubiese sido en levantarse y en recoger su espada que habia ido á parar á cuatro pasos de él, aquel corto intervalo habia bastado al ginete para tomar un avance que el Baron no debia esperar hacer desaparecer, fatigado como estaba por aquella lucha desigual y aquella carrera furibunda.

Sin embargo, á los gritos más y más débiles de Isabel, lanzóse otra vez en persecucion del raptor; ¡inútil esfuerzo de un gran corazon que ve robar el objeto amado! El desesperado jóven iba perdiendo sensiblemente terreno, y ya el ginete habia ganado un bosque cuya masa, aunque desnuda de hojas, bastaba, por lo intrincado de sus troncos y de sus ramas á ocultar la direccion que habia tomado el bandido.

Aunque loco de rabia y arrebatado de dolor, forzoso le fué á Sigognac detenerse, dejando á su Isabel tan querida entre las garras de aquel demonio, pues ni aun podia socorrerla con la ayuda de Herodes y del Intrigante, quienes, al ruido de los disparos, habian saltado de la carreta, por más que el tuno del lacayo tratase de detenerles, temiendo alguna algarada, descalabro ó emboscada.

En breves y entrecortadas palabras, Sigognac les puso al corriente del rapto de Isabel y de cuanto habia acontecido.

—En esto anda la mano de Vallombreuse,—dijo Herodes; —¿ha olido nuestro viaje al castillo de Pommereuil y nos ha

preparado esta emboscada? ¿ó bien esa comedia por la que he recibido dinero no era más que una estratagema destinada á hacernos salir de la ciudad donde semejantes golpes son de difícil y peligrosa ejecucion? En este caso el canalla que ha hecho el papel de mayordomo es el más consumado cómico que haya visto en los dias de mi vida. Hubiera jurado por la salvacion de mi alma que el muy tunante era un sencillo intendente de casa principal cargado de virtudes y buenas prendas. Pero ahora que los tres estamos reunidos, escudriñemos en todos sentidos este soto para dar al ménos con algun indicio de esa buena Isabel á quien, tirano y todo como soy, quiero más que á mis asaduras y á mis tripas. ¡Ah! me asaltan temores de que esa inocente abeja se vea prendida en la tela de una araña monstruosa que no la mate antes de que podamos nosotros librarla de sus bien urdidas mallas.

—Yo la aplastaré,—dijo Sigognac golpeando furiosamente el suelo con el pié como si tuviese la araña debajo de su bota,—sí, aplastaré á la venenosa bestia.

La expresion terrible de su fisonomía ordinariamente tan tranquila y tan dulce, demostraba que sus palabras no eran una vana fanfarronada y que haria tal como decia.

—Ea,—dijo Herodes,—no perdamos más tiempo en palabras, y penetremos en el bosque. La caza no puede todavía haberse alejado mucho.

En efecto, del otro lado del soto que Sigognac y los cómicos atravesaron, á despecho de las malezas que les enredaban las piernas y de las vardascas que les azotaban el rostro, una carroza con las cortinillas cerradas corria arrastrada por cuatro caballos de posta lanzados á escape.

Los dos ginetes cuyas monturas habia pinchado Sigognac, habian logrado calmarlas y galopaban á los estribos, llevando uno de ellos de la brida el caballo del hombre enmascarado, quien sin duda habia entrado en la carroza á fin de impedir que Isabel levantase las cortinillas para pedir socorro, ó, con riesgo de su vida, intentase saltar por la portezuela.

A ménos de tener las botas de siete leguas que el pequeño Poucet quitó tan sutilmente al Ogro, hubiera sido insensato correr pedestremente detrás de una carroza arrastrada por tan briosos caballos y tan bien escoltada.

Cuanto pudieron hacer Sigognac y sus compañeros, fué observar la direccion que tomaba la comitiva, débil indicio por cierto para encontrar de nuevo á Isabel.

El Baron intentó seguir la huella de las ruedas, pero como el tiempo era seco, las llantas no habian dejado más que una ligera impresion en el duro suelo, y aun esta se confundia, á corto trecho, con las huellas de otras carrozas ó carretas que habian transitado por el camino los precedentes dias. Llegado á una encrucijada donde el camino se dividia en muchos ramales, el Baron perdió por completo la pista y quedó más perplejo que Hércules entre la voluptuosidad y la virtud. Forzoso le fué pues desandar lo andado, máxime cuando, de tomar un camino por otro, podia alejarse más de su amada.

Volvióse pues la pequeña comitiva cabizbaja hácia la carreta donde los demás cómicos aguardaban con gran inquietud y ansiedad la aclaracion de aquel misterio.

Desde el comienzo del episodio, el lacayo conductor habia apresurado la marcha de la carreta para privar á Sigognac del auxilio de los cómicos, á pesar de que estos le gritaban que se detuviese; y cuando el Tirano y el Intrigante, al ruido del pistoletazo, habian bajado haciendo caso omiso de las palabras del bergante, este puso su caballo á escape para ir á reunirse con sus cómplices, importándole ya un bledo que la compañía llegase ó no al castillo de Pommereuil, si es que el tal castillo existia: cuestion dudosa cuando ménos, visto lo que acababa de acontecer.

Herodes preguntó á una vieja que por allí pasaba, con un haz de leña sobre su jiba, si Pommereuil se encontraba todavía muy léjos, á lo que la anciana respondió que no conocia ninguna tierra, aldea ó castillo de este nombre, á mu-

chas leguas á la redonda, á pesar de haber recorrido durante los sesenta años de su vida aquel país en todos sentidos, por ser su industria pordiosear por caminos y vericuetos para ganarse su miserable subsistencia.

Hacíase pues evidente que aquella historia de comedia era una farsa preparada por malvados astutos y tenebrosos, en provecho de algun grande, que no podia ser otro que Vallombreuse, enamorado de Isabel, pues se necesitaba mucha gente y mucho dinero para poner en movimiento aquella complicada máquina.

La carreta se volvió hácia Paris; pero Sigognac, Herodes y el Intrigante no se movieron del teatro de los acontecimientos, con la intencion de alquilar, en alguna aldea vecina, caballos que les permitiesen emprender pesquisas más eficaces en persecucion de los raptos.

Isabel, despues de la caída del Baron, habia sido llevada á un claro del bosque, descendida de caballo y colocada en la carroza, á pesar de los esfuerzos que la jóven hacia; luego el coche se alejó con gran estrépito de ruedas, como el carro de Capaneo al pasar por el puente de cobre.

Delante de la comedianta se habia sentado respetuosamente el hombre enmascarado que la habia llevado sobre la silla.

Isabel hizo un movimiento para sacar la cabeza por la portezuela, pero el enmascarado avanzó el brazo y la detuvo con férrea mano.

La jóven, comprendiendo la imposibilidad de toda lucha, sentóse de nuevo y empezó á dar voces, esperando ser oida de algun transeunte.

—Por favor, señorita, calmaos,—dijo el misterioso raptor empleando todas las formas de la más exquisita cortesía. No me obligueis á usar de la violencia material con una persona cual vos tan encantadora y tan adorable. No se os quiere ningun mal, tal vez sí mucho bien. No os obstineis en entregaros á estos arrebatos inútiles; si sois prudente, guardaré para con vos las mayores atenciones, tanto que una

reina cautiva no seria mejor tratada; pero si haceis el diablillo, si os moveis y gritais para pedir un socorro que no os llegará, tengo con que sujetaros. Esto os volverá muda y esto os hará poner tranquila.

Y el hombre sacó de su faltriquera una mordaza artísticamente fabricada y un largo cordón de seda enroscado sobre sí mismo.

—Seria una barbaridad,—prosiguió el desconocido,—adaptar esta especie de bozal á una boca tan fresca, tan rosada y tan melíflua; las ataduras irian muy mal tambien, convenid en ello, á muñecas tan delicadas, tan alabastrinas, tan torneadas y tan á propósito para llevar brazaletes de oro incrustados de diamantes.

La jóven actriz, por encolerizada y affigida que estuviese, se rindió á estas razones que, en efecto, no admitian réplica, dado que la resistencia física de nada servia. Isabel se refugió pues á un rincón de la carroza y guardó silencio; pero de su pecho se escapaban hondos suspiros y de sus bellos ojos se escapaban hilo á hilo líquidas perlas que corrian á lo largo de sus descoloridas mejillas, como gotas de lluvia sobre una blanca rosa, pensando en el peligro á que estaba expuesta su virtud y en la desesperacion de Sigognac.

—A la crisis nerviosa,—pensó el de la máscara,—sucede la crisis húmeda; las cosas siguen su curso regular. Mejor que mejor, pues me hubiera sabido mal obrar brutalmente con esta estimable jóven.

Acurrucada en su rincón, Isabel lanzaba de vez en cuando una mirada tenebrosa hácia su guardian quien se apercibió de ello y le dijo con la voz más dulce que pudo emplear, aunque por naturaleza fuese ronca:

—Nada teneis que temer de mí, señorita, soy hombre atento y nada haré que pueda desagradaros. Si la fortuna me hubiese favorecido con sus bienes, de fijo que honrada, bella y llena de talento como vos sois, no os hubiera yo robado en provecho de otro; pero los rigores de la suerte obligan

á veces al hombre más delicado á cometer acciones poco en consonancia con su carácter.

—¿Luego convenís en que os han pagado para robarme? Confesad que la accion es infame, abusiva y cruel.

—Despues de lo que he hecho,—respondió el enmascarado con tono el más tranquilo,—seria de todo punto ocioso el negarlo. Por las calles de Paris nos encontramos cuatro docenas de amigos, filósofos sin pasiones, que por dinero nos interesamos por las de los otros y les arbitramos los medios de satisfacerlas prestándoles nuestro ingenio y nuestro valor, nuestro cerebro y nuestro brazo. Mas, para cambiar de conversacion, ¿sabeis que estabais encantadora en la última comedia? Digisteis la escena de la declaracion con gracia sin igual. Yo os aplaudí á rabiar. ¿Recordais aquel par de manos que resonaban como palas de lavandera? ¡Pues era yo, sí, yo!

—A mí vez os diré,—respondió la jóven:—dejemos á un lado palabras y cumplidos fuera de lugar. ¿Dónde me conducís, contra mi voluntad y á despecho de toda ley y de toda conveniencia?

—No me es posible complaceros, y por otra parte seria completamente inútil que os lo digese; nosotros, como los médicos y los confesores, estamos obligados á guardar secreto; en estos asuntos ocultos, peligrosos é hijos del capricho que son conducidos por sombras anónimas y enmascaradas, es indispensable la más absoluta discrecion. A menudo, para mayor seguridad, ni conocemos siquiera al que nos hace obrar, ni este nos conoce á nosotros.

—¿Así pues, ignorais la mano que os impulsa á este acto ultrajante y culpable de robar en mitad del camino una jóven á sus compañeros?

—Que yo lo sepa ó lo ignore; lo mismo da, puesto que la conciencia de mi deber me cierra el pico. Buscad entre vuestros amantes el más ardiente y el más maltratado. Este será sin duda.

Convencida de que nada sacaria en claro, Isabel no dirigió